

## LAS CAMPANAS DEL ENTREDICHO

Por el P. Miguel Selga, S.J.

Huyendo del frenesí cantarín y jaranero de la vida docente, por los años de 1617, retirábase al noviciado de Lisboa un Jesuita septuagenario, veterano catedrático de teología en las universidades de Salamanca y Coimbra. Allá sobre un otero de silencio y en la soledad de la celda cenobítica, el teólogo Jesuita Francisco Suárez deseaba pulir, para la imprenta, los cartapacios de los tratados que tenía comenzados, recapacitar las vicisitudes de años pasados y disponerse para la última etapa de su peregrinación terrestre.

¡¡Soledad!! De tan pocos apetecida, por muchísimos tan deseada, imposible para el septuagenario Suárez. El cielo eclesiástico de Lisboa estaba encapotado: acababa de explotar con encarnizada intensidad una tempestad de jurisdicción o pleito entre la Hermandad de libreros y el Cabildo catedralicio, sobre quién de los dos tenía derecho a nombrar el tesorero de la iglesia de Santa Catalina. Hubo apelaciones a tribunales civiles: Hubo encarcelamientos; fulminóse la excomunión: las dos potestades eclesiástica y civil

estaban frente a frente. Respirábase en Lisboa el aire denso de desazón e inquietud, saturado de temores y negros presagios. Sobre la cabeza del alcalde y alguaciles comprometidos, la autoridad eclesiástica dejó caer rotunda, sonora, una excomunión, cuyo eco tuvo resonancias de trueno por toda la ciudad. Apenas ésta se enteró que Suárez el teólogo, el Santo, había llegado a Lisboa, partidarios de ambos bandos acudieron a la celda del religioso en busca de consejo y favor, queriendo cada partido atraérselo cautelosamente a su parecer. Sentado en su sillón frailer, el teólogo septuagenario miraba con pena sus cartapacios postergados, oía horas enteras hechos y dichos, rumores y pareceres, alegatos y memoriales de ambas partes contendientes. En un decreto fulminado contra el juez eclesiástico dicen las autoridades civiles: "mandamos que sus cabalgaduras sean aprehendidas y secuestradas, excepto el tiempo que él personalmente las estuviere usando, que se aprehendan y secuestren sus rentas, se intime a sus oradores la prohibición de servirle, so pena de cárcel, a los herradores herrar sus acémilas, a los panaderos el darle pan"... Siete días más tarde, sin previo aviso, estalló sobre la ciudad el decreto del entredicho, por el cual Lisboa entera, todas sus iglesias y capillas, quedaban envueltas en la negrura de esta pena canónica: a todos los magistrados que habían firmado el decreto cogió el rayo de una excomunión. Corrió la noticia por la ciudad, como chispa en pajar y un estremecimiento de espanto se apoderó de nobles y plebeyos. Se cerraron las iglesias; ni volteaban las campanas al bautismo de una criatura, ni doblaban a las exequias de un difunto: un silencio frío de muerte se extendió, como

por  
ofic  
I  
cab  
da  
da  
tid  
mi  
y e  
na.  
C  
teci  
Cue  
bio  
so e  
su e  
Un  
en e  
cer  
dist  
de l  
Rey